

un año? le dice el amigo estrechándolo entre sus brazos y sollozando silenciosamente.

—En eso pensaba nada menos hace un momento, y aun creía que faltase vd. á ella, porque el plazo ha pasado ya hace algunos meses, le respondió el cura tranquilamente, como si le esperase para una fiesta.

—¡Ay! amigo querido, es cierto que ha cumplido vd. lo que pensó; pero también es cierto que se ha realizado lo que le pronostiqué.

—¿Qué importa la muerte, cuando la conciencia está tranquila, cuando se ha legado á un país su libertad? porque esta revolución que yo he iniciado, ya no terminará sino con la independencia de nuestra patria.

—¡Oh! no, no terminará, mientras haya corazones nobles y honrados de mexicanos, don Miguel, se lo juro á vd., mientras cada hombre tenga un amigo, un hermano á quien vengar, esclama el valeroso y honrado insurgente.

—Adios, mi leal amigo, adios para siempre.

—Adios, don Miguel, ¡alma sublime que ha conquistado el cielo con el martirio! adios para siempre.

Y el cura de Dolores, despues de haber estrechado á su amigo entre sus brazos, marchó con paso firme al cadalso.

Ahora que ya conocemos el estado de la Nueva-España en 1810, ahora que ya sabemos quién es el cura Hidalgo, ahora que ya hemos visto descubierta la conspiracion de Querétaro, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

IX.

DE LO QUE PASABA EN EL PUEBLO DE DOLORES LA NOCHE DEL 15 DE SETIEMBRE DE 1810.

Eran las doce de la noche. Reinaba un profundo silencio en toda la estension del pueblo de Dolores. Ni un rumor, ni una luz, ni nada que indicase que alguno de sus habitantes estuviese despierto. Sin embargo, en una de las ventanas del edificio mas vasto, cuyas sombras se destacaban algo mas imponentes sobre el techo de las demas casas, se veia brillar una luz ténue, vaga, como la que produciria una lámpara próxima á estinguirse.

¿Qué escena alumbraba aquella modesta luz?

¿Quién velaba á horas tan avanzadas de la noche en aquel aposento del pobre curato?

Derrepente la profunda calma de la noche fué turbada por las pisadas de un caballo que se acercaba, interrumpiendo la solemne monotonía de las calles.

¿Quién tan á deshoras interrumpe el silencio?

Si era un viajero, debia ciertamente seguir adelante su camino, porque nada indicaba que en aquel miserable pueblo hubiese una posada, y en todas las casas dormian profundamente.

¡Pero es tan triste caminar durante la noche! sin ver los sitios que atrás se van dejando, sin que las bellas perspectivas que se van contemplando diviertan la amargura del corazón que á medida que camina se aleja del hogar querido, del país natal donde se quedan madre, hermanos, amigos, cuanto se adora en la inmensa playa de la vida, ó bien no se pueden reconocer los sitios queridos que volvemos á atravesar después de una larga ausencia, aquellos lugares que nos hablan de un pasado más feliz, de nuestra dulce infancia, recuerdos de objetos queridos ya perdidos para nosotros, que de su vida solo han dejado una tumba en la tierra y una eterna imagen en nuestra memoria.

El ruido se fué haciendo más distinto.

Eran en efecto las pisadas de un caballo, que conducía un jinete cuya fisonomía no se podía reconocer, porque la velaban las densas sombras que inundaban el espacio.

—¡Qué noche tan oscura! no se ve uno ni las manos y si no viera yo las sombras y los bultos de las casas, creería que todavía me encuentro en el camino real, murmuró el viajero. Me he extraviado completamente, no sé si ya he llegado ó todavía me encuentro lejos de San Miguel el Grande, este pueblecillo no debe ser, según las señas que ayer me han dado. Pero estoy seguro, continuó el jinete hablando consigo mismo, que he pasado á Fernando ya, porque hace cinco días que me llevaba solamente cuatro horas de ventaja y yo he corrido día y noche casi sin cesar, siguiendo el mismo camino. ¿Qué le habrá sucedido? En las primeras postas me decían que lo habían visto pasar; pero debe haber cambiado de ruta, porque en aquel pueblecito me dijeron que hacia solo una media hora que había pasado por allí, y yo he lanzado mi caballo al galope sin que á pesar de ello le haya dado alcance. ¿Cómo se llamará este pueblecito? Debe ser tal vez Dolores. ¿Pero como saberlo seguramente para seguir el camino ó detenerme? Todos duermen profundamente. ¡Llamaré á la primera puerta que encuentre! porque mi caballo es imposible que avance más sin caer muerto, ha hecho más de lo que yo me esperaba y el buen fraile nunca sabrá la clase de prenda que perdió. Mas ¡ah! ya distinguo allá una débil luz; ¡pero me da esa luz derecho para pro-

curar penetrar en el aposento que ilumina? Acerquémonos á ese edificio que debe ser el curato, porque está cerca de una iglesia y veamos si nos quieren dar posada.

Por este diálogo que el jinete ha sostenido consigo mismo, el lector habrá conocido á nuestro camarada Gil Gomez, á quien dejamos corriendo detrás de Fernando, después de haber hecho pagar demasiado caro al franciscano el mal rato que le dió, haciéndole cargar con el ciego animal y arrancándole además un fuerte caballo y ochenta pesos más de gajes.

Gil Gomez se había detenido precisamente en frente del edificio donde veía brillar la luz, y se preparaba á buscar su puerta para llamar, cuando se quedó mudo, procurando fijar su atención.

Le parecía haber oído un ruido interrumpiendo el quietismo sombrío de las calles.

Era el galope precipitado de un caballo que se acercaba.

Se conocía desde luego que su jinete, aunque le guiaba por la oscuridad, conocía perfectamente el camino y anhelaba acercarse al edificio cuya luz parecía ser en esta negra noche el faro de los caminantes: parecía que además de las sombras, una fuerte idea lo preocupaba, porque no distinguió el bulto que formaban Gil Gomez y su caballo y continuó su precipitada carrera en la dirección y en la misma línea en que éste se había detenido.

Cuando el joven quiso hacer á un lado su caballo, ya era tarde, porque el de el presuroso incógnito jinete, se chocó con él tan violentamente, que los dos animales se encabitaron y los dos jinetes cayeron al suelo, sorprendidos por aquel brusco y violento choque; profiriendo un enérgico voto.

—¿Quién diablos va? preguntó un acento varonil y colérico haciendo además llegar á los oídos del molido joven un sonido bastante espresivo, el de un gatillo de pistola que se monta.

—Esa misma pregunta hago yo, ¿quién diablos va que así atropella á los jinetes que están parados? dijo á su vez Gil Gomez, sacando de la vaina su enorme espada.

—No tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones, dijo la misma voz con acento irritado.

—Pues lo mismo digo yo, continuó el jóven.

—Pero á mí me toca averiguar, qué hace vd. en este sitio, ó de lo contrario.....

—Pero á mí no me acomoda decirlo, interrumpió el jóven.

—Pues me lo va vd. á decir ahora mismo, continuó el incógnito viajero acercándose á Gil Gomez y apuntando con una pistola en la direccion en que se encontraba.

—Eso lo veremos; dijo éste poniéndose á su vez en guardia con su aún vírgen sable.

—¿Gil Gomez era acaso tan valiente que así desprecia el peligro.

Hasta ahora no lo hemos podido conocer, porque hasta aquí ha sido un niño y no se ha presentado ninguna ocasion en que probarlo; pero indudablemente lo es, cuando conociendo que seguramente lleva la peor parte, espera sin embargo sereno á un enemigo que por su acento y sus modales indica que debe ser terrible; cuando él espera con una espada á un hombre que lo amenaza con una pistola.

El desconocido iba á hacer fuego y á tender muerto indudablemente á su inesperto enemigo; pero se detuvo, reflexionando tal vez que el ruido del tiro podria causar una alarma, que á él por razones que pronto sabremos no le convenia de ninguna manera; así es que sacó tambien su espada y se acercó completamente.

La lucha se trabó en medio de la oscuridad y la calma mas profunda.

Gil Gomez conoció al primer tajo, que tenia que habérselas con un adversario terrible y muy diestro en el manejo de una arma con que él combatia por la primera vez de su vida; pero la oscuridad de la noche le favorecia y no cejó ni una pulgada al principio. Las espadas se chocaban de una manera terrible.

El desconocido avanzaba tanto y permitia tan poco que se le acercasen, que Gil Gomez se vió obligado á retroceder primero un solo paso.

—¿Pero qué hacia vd. aquí, frente á la casa del señor cura, á estas horas tan avanzadas? preguntó el desconocido sin dejar de atacar al demasiado atrevido jóven.

—¿Qué hacia yo? pensar si llamaria á la puerta para pedir hospitalidad, respondió el jóven defendiéndose lo mejor podia, pero sin poder atacar á aquel enemigo tan vigoroso.

—Eso no es cierto.

—Yo nunca miento.

Y siguieron batiéndose con doble encarnizamiento.

¿Qué va á ser de tí, pobre niño, que por vez primera en tu vida te defiendes de un adversario tan terrible, que quien sabe por qué casualidad providencial no te ha destrozado ya completamente?

¿Qué va á ser de tí, que no has cometido mas crimen que atravesarte en el camino de un hombre que corre con precipitacion; de tí, pobre niño, lleno de ilusiones y esperanzas, que te sacrificas gozoso en las aras de la amistad y de la fraternidad?

Adios hermosos sueños de la juventud. ¡Adios hermano Fernando, ya no me podré unir á tí, ni servir en tu compañía como oscuro soldado!

¿Pero por qué no huir? ¿Por qué no rendirse?

¡Oh! no ¡imposible! primero morir que hacer un acto de cobardía.

¡Bien! ¡muy bien! ¡pobre niño! honor á los nobles sentimientos.

Por fin Gil Gomez sintió un agudo dolor en la muñeca derecha.

Y exhaló á su pesar un ligero grito: sin embargo, continuó defendiéndose todavía; pero derrepente su mano falseó y su adversario al notarlo, giró un quite que lanzó su espada á algunos pasos de distancia.

Gil Gomez podia entonces haber huido ó haber suplicado, porque esta fuga ó esta súplica, estaban hasta cierto punto justificadas, porque estaba herido y desarmado á merced de la cólera de su adversario. Pero esta determinacion solo podia caber en un corazon menos noble, menos valeroso que el suyo, así es, que se quedó de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando sereno al desconocido.

Pero éste, por otra parte, á pesar de que en la lucha habia desplegado un furor extraordinario, parecia un hombre igual-

mente generoso y al ver desarmado á su enemigo, bajó su espada en ademán de *regua*:

Los dos permanecieron un momento silencios.

El incógnito rompió primero el silencio, preguntando con un acento verdaderamente amistoso y conciliador.

—Vamos, ¿diga vd. por fin que es lo que hacia en este lugar y á estas horas?

—¿Volverémos de nuevo á las andadas? respondió el jóven con su tono jovial, ¡no le he dicho á vd. ya que me habia detenido al ver esa luz, pensando si debería pedir hospitalidad por esta noche?

—Pues cualquiera diria que acechaba vd. y espiaba lo que dentro del curato pasaba,

—Maldito si me importa á mí nada de eso, cuando ni sé el nombre del pueblo en que me encuentro.

—¿Es cierto?

—Tan cierto como ser de noche, este pueblo se ha atravesado en mi camino, sin que yo haya venido á buscarle. ¿Es acaso San Miguel el Grande?

—No ciertamente, y si error de tamaña distancia es cierto, no se puede afirmar que hayd vd. caminado alguna vez por estos países.

—Seguramente que no, puesto que vengo de tierras muy lejanas.

Habia tal sello de franqueza en el juvenil acento de Gil Gomez, que el desconocido no pudo menos de convencerse que habia obrado con demasiada precipitacion con respecto á su juicio.

—¿Me da vd. su palabra de caballero de que no es un espía y un denunciante, enviado por el intendente de la provincia? piénselo bien antes de hablar, si eso fuese, le perdonaré y le dejaré partir con la condicion de no volver á ocuparse del cura Hidalgo, pero si me engaña, ¡oh, entonces, cuidado con el pellejo!

—Le juro á vd. que ni sé de que espionaje se trata, que soy un viajero cansado que anhela llegar á San Miguel el Grande y nada mas, respondió Gil Gomez.

—Está bien, jóven, lo creo á vd. de buena fé.

—Gracias, caballero.

—¿Está vd. herido? preguntó el desconocido.

—Muy poco, es un lijero rasguño en la muñeca, segun creo, aunque me ha hecho abandonar la espada hace un momento.

—Busquemos nuestros caballos y penetremos en esa casa.

Y los dos viajeros, despues de hacer reconocido sus cabalgaduras, que sea por cansancio, sea por una completa indiferencia, se habian quedado quietas despues de haber derribado á sus ginetes, se acercaron á la casa á cuya puerta llamó el desconocido de una manera particular, como si fuese seña de antemano convenida entre él y los habitantes de ella.

—¿Es decir, que vd. se dirigia á esta casa? preguntó Gil Gomez.

—Sí, y por cierto que me ha hecho vd. perder un cuarto de hora de un tiempo precioso en que he contado hasta los minutos.

Tardaban tanto en abrir, que el desconocido volvió á repetir la misteriosa seña.

—¿Quién es? preguntó al cabo de un momento una voz ya trémula aunque todavía enérgica, detrás de la puerta.

—Yo, señor don Miguel, yo, el capitán Aldama, respondió el desconocido adversario de Gil Gomez.

La puerta se abrió con dificultad, poniendo á la vista de los desvelados viajeros á un anciano que llevaba un farolillo en la mano.

—Buenas noches, señor capitán Aldama, ¿qué es lo que pasa? ¿qué lo trae á vd. por aquí á horas tan avanzadas?

El viajero cuyo nombre acabamos de saber, iba tal vez á responder apresuradamente á la pregunta del anciano; pero se detuvo haciéndole una seña de inteligencia y diciéndole con un acento al parecer perfectamente tranquilo ó indiferente, señalando á Gil Gomez, que observaba con atencion la noble fisonomía del anciano.

—Me atrevo á presentar á vd. este valiente jóven y á demandar la hospitalidad para él en esta casa, porque está levemente herido.

El anciano levanto la cabeza y á los resplandores de la lámpara, lanzo una mirada profunda y observadora sobre la inteligente y franca fisonomía de Gil Gomez.

Este sintió sobre sí el magnetismo de aquella mirada ya apagada, aunque todavía ardiente; pero tuvo bastante sangre fría para sostenerla sin turbación.

El anciano debió leer en aquella fisonomía espresiva y juvenil, sentimientos nobles que le dieron confianza, porque dijo con un tono de benevolencia que encantó á Gil Gomez.

—Este jóven puede alojarse en el curato y todo el tiempo que quiera, para lo cual voy á hacer que se le disponga una habitación y se le dé algun alimento.

Y el anciano, poniendo la lámpara en las manos del capitán Aldama, se internó en la casa diciendo en alta voz:

—Don Santos, don Santos.

—Mande vd., señor don Miguel, le respondió una voz soñolienta, pero respetuosa.

Mientras que el anciano daba órdenes respectivas al alojamiento de Gil Gomez, el capitán Aldama pudo á su vez observarle á su sabor aunque con mas imprudencia y detención que aquel, puesto que alzó la linterna á la altura de su cara, mirándole fijamente por algun tiempo.

Pero tambien le debió simpatizar la fisonomía del jóven, porque estrechando su mano cordialmente, le dijo con acento afectuoso:

—Dispense vd., amiguito, que lo haya tomado por un espía y haya pretendido tratarle como tal; pero como tiene vd. la imprudencia de pararse en medio del camino de un hombre que corre precipitadamente en medio de una noche tan oscura.

—Está vd. completamente disculpado, señor capitán; pero creo que su mal juicio con respecto á mí, se habrá desvanecido, porque un espía se habria rendido ó habria huido.

—Completamente, jóven, y en lo sucesivo cuente vd. con mi amistad; pero está vd. herido y ya lo habiamos olvidado,

—No es gran cosa, señor capitán, dijo Gil Gomez, dejando ver su puño derecho enteramente ensangrentado, á tiempo que el anciano volvia á acercarse.

—¡Cómo! dijo éste, ¿está vd. herido? y yo lo habia olvidado.

—¡Oh! no señor, es un simple rasguño que nada vale.

—Don Santos, don Santos, volvió á llamar el anciano.

Un hombre ya de edad, tipo medio entre el criado de confianza y el amigo agradecido, se presentó.

—Hágame vd. favor de traerme un poco de agua.

El criado se apresuró á ejecutar lo que se le mandaba.

El anciano estrajo de su bolsillo un pañuelo blanco de finabatista, le desgarró en tres ó cuatro girones empapando uno de ellos en el agua que el criado le presentaba en una bandeja.

—¿Qué hace vd., señor? preguntó Gil Gomez todo cortado al verse atendido de aquella manera tan benévola.

—Ya vd. lo vé, jóven, curar su herida, dijo el anciano enjugando con delicadeza la sangre que brotaba á pequeñas gotas de su puño escurriendo por sus dedos.

—¡Oh! señor, cuanta molestia he venido á causar en esta casa.

—Nada de molestia, jóven, por el contrario, yo tengo mucho gusto en aliviar sus padecimientos, dijo el anciano envolviendo cuidadosamente con su desgarrado pañuelo el puño de Gil Gomez.

Mil gracias, señor, mil gracias, dijo éste.

—Ahora, jóven, buen apetito y buen sueño; aunque á su edad de vd. nunca falta ninguna de las dos cosas, dijo el anciano indicándole á Gil Gomez que siguiese al criado.

Buenas noches, padre mio, dijo el jóven besando respetuosamente la mano del anciano; pero no con aquel beso burlesco que le hemos visto dar en la venta al gastrónomo franciscano, sino con el que marca el sello de un respeto y de un agradecimiento profundos. Buenas noches, señor capitán, y siento sobre manera haberme atravesado á mi pesar en su camino y haberle hecho perder un tiempo precioso segun vd. dice.

—Adios, bravo jóven, respondió éste con tono afectuoso.

Gil Gomez siguió al criado volviendo á lanzar una última mirada á aquel anciano religioso de fisonomía tan noble, que una vez contemplada no se podia borrar de la imaginación y preguntando á su conductor:

—¿Cómo se llama este buen sacerdote?

—Se llama don Miguel Hidalgo y Costilla, le respondió.

No sé que tiene esa fisonomía que cautiva tanto y causa

tan profunda impresion. Seria yo capaz, aunque apenas le acabo de conocer, de dejarme morir por él, pensó Gil Gomez.

Hidalgo y el capitan Almama, penétraron en un aposento que servia de sala al curato, colocó el primero el farolillo sobre una mesa y cerró cuidadosamente la puerta que daba á las habitaciones interiores.

Ahora que ya la doble luz de la linterna y de una lámpara colocada al pié de una imágen de la vírgen de Guadalupe ilumina bastante bien á ambos, examinémoslos mas detenidamente.

Con razon habia causado tan profunda impresion en el ánimo de Gil Gomez la fisonomía noble del sacerdote.

Era Hidalgo un anciano que representaba tener mas de sesenta años, su frente y la parte anterior de su cabeza desprovistas enteramente de pelo, estaban surcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres extraordinarios, mas que el tiempo, el estudio y la meditacion, su tez era morena, pero estremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las vigalias y las amarguras de la vida: sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas, que algo amortiguaban sin embargo la melancolía y la benevoencia, su nariz recta, su boca pequeña con ese recogimiento particular hácia las comisuras que imprime la fruicion interior del alma; y aquel rostro tan todo severo, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho como si el peso de la reflexion ó del martirio de la existencia lo hubiese doblegado. Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa como si el espíritu le comunicase una parte de su energía y de su vida. Vestia modestamente una chupa de paño negro sencillo, un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negra, siguiendo severamente en el traje, la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecian al clero pobre, que era la que el arzobispado habia establecido.

El capitan don Juan Aldama era jóven todavia, de fisonomía franca y espresiva, en la cual se leian á primera vista el valor

la firmeza, la resolucion, la franqueza y algo del orgullo del militar honrado. Su estatura era fuerte y vigorosa.

Vestia el uniforme de su grado en el regimiento de los dragones de la reina: pendia á su costado un sable algo pesado como entonces se usaba en el ejército de la Nueva-España y un par de pistolas grandes llamadas entonces de *chispa*, de cañon amarillo, pedernal y llave, se ceñian á su cintura.

Luego que Hidalgo hubo cerrado la puerta, se acercó al capitan que se habia dejado caer abatido sobre un sillon, preguntándole con interés.

—Ahora que estamos solos, diga vd. por Dios, ¿qué ha sucedido nuevamente?

—Me esperaba vd. acaso, don Miguel? interrogó éste, puesto que aun está en vela á estas horas tan avanzadas.

—Escriba precisamente una carta á la corregidora doña Josefina Ortiz, acerca de nuestro asunto; el capitan don Ignacio Allende, que como vd. sabe ha llegado anoche y ahora reposa en esa pieza inmediata, me ha informado de lo que ha pasado; pero diga vd., ¿qué es lo que ha sucedido nuevamente, capitan?

—Que estamos perdidos, completamente perdidos, respondió éste con desconsuelo.

—¿Pues qué es lo que ha sucedido? interrogó Hidalgo con interés.

—La conspiracion de Querétaro ha sido descubierta.

—Ya lo sabia por el capitan Allende.

—Los hermanos Gonzalez y la corregidora han sido reducidos á prision.

—¿Cuándo?

—Esta última ayer en la tarde.

—¿Y se ha descubierto algo mas?

—La casa de don Epigmenio Gonzalez ha sido saqueada y se han encontrado en ella armas y unos papeles que ya sabe vd. lo que contienen.

—Todo nuestro plan, murmuró Hidalgo.

—Por consiguiente estamos perdidos completamente, el intendente Riaño ha dado una orden de prision para vd. y dentro

de pocas horas deben llegar á este pueblo los soldados que vienen á ejecutarla.

—Pero vd., don Juan, ¿cómo ha sabido todo esto?

—En su misma prision la corregidora ha ganado al alcaide Ignacio Perez, que ha corrido á avisarme lo que pasaba; me he puesto en camino inmediatamente para venir á comunicar á vd. todo, y al anocheecer he dejado atrás á los soldabos del intendente que no deben tardar mucho en llegar; habiendo sufrido un retardo de un cuarto de hora en combatir con ese jóven que estaba parado frente al curato y á quien he tomado antes de verle, por un espía.

—¡Oh! no, es demasiado jóven para eso, murmuró Hidalgo.

—Con que no hay ya tiempo que perder, don Miguel, debe vd. huir precipitadamente antes que esos soldados lleguen, porque le espera indudablemente la muerte en Guanajuato. Allende y yo nos salvaremos como podamos.

Hidalgo se dejó caer abatido en un sillón, apoyando sobre la mesa sus codos que sostenian su cabeza: permaneció largo tiempo silencioso y preocupado; por su noble frente y sus ojos cruzó un yelo de amargura; gruesas gotas de sudor inundaron sus sienes como si la lucha que se efectuaba en su corazón, trabajase dolorosamente su imaginación.

—Derrepente se puso de pié como impulsado por un resorte. irguió su abatida cabeza, su frente iluminada por la luz de una idea gigantesca se volvió al cielo, sus ojos se humedecieron por el entusiasmo, sus lábios se abrieron por una sonrisa de superioridad y volviéndose á Aldama, que de pié en medio de la estancia habia observado con silencioso respeto aquella lucha terrible de su corazón retratada en su rostro, le dijo á media voz con un acento trémulo y conmovido:

—¡Oh! no se ha perdido todo completamente, por el contrario esta noche se va á poner la primera piedra de un edificio gigantesco.

—¿Qué dice vd., don Miguel?

—Digo que cuando los soldados del intendente lleguen, ya será tarde, porque el pueblo de Dolores habrá alzado un grito de libertad é independencia que les hará huir como medrosas aves.

—¿Pero con qué elementos con qué fuerzas, cuenta vd. para eso?

—¿Con qué elementos? con la idea que es el elemento, ¿con qué fuerzas? con nosotros dos y el capitán Allende, con don Santos y ese jóven que ha venido á hospedarse aquí esta noche.

Aldama no pudo menos de sonreirse con disimulo, creyendo que la funesta noticia y la proximidad del peligro que le habia anunciado habian trastornado la razón del noble anciano.

Hidalgo comprendió lo que significaba el silencio de Aldama porque le preguntó con una triste conformidad.

—Capitán, ¿me ama vd. tanto como yo lo he amado?

—Desde el día que hablamos por la vez primera, he jurado serle á vd. un fiel amigo, y servirle leal hasta la muerte, respondió Aldama con entusiasta exaltación.

—¿Desea vd. la felicidad de nuestra patria?

—Desde el momento en que me he comprometido en esta conjuración, he comprendido que debia morir muy pronto; pero he hecho gustoso el sacrificio de mi vida en las aras de la patria.

—¿Hará vd. lo que yo le diga esta noche?

—Lo haré, don Miguel, aunque sepa que me precipito en un abismo espantoso.

—Bien, muy bien, mi leal amigo; acaso sea esta noche la última de nuestra vida, porque vamos á dar un paso que puede precipitarnos en ese abismo, aunque puede acaso conducirnos al templo de la libertad que hemos soñado.

Y los dos amigos se abrazaron en silencio conteniendo sus sollozos.

Era un espectáeulo tierno y sublime á la vez, ver estrecharse con los dulces lazos de la amistad á aquellos dos hombres que caracterizaban, uno la idea que piensa, otro la mano que ejecuta, uno la energía, otro el valor, uno la benevolencia del apóstol, otro la honradez del soldado.

Al cabo de un momento, Aldama interrumpió tan espresivo silencio, diciendo:

—Está bien, ¿qué es lo que debo hacer yo? porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Primero, ir á despertar á ese jóven y hacerle venir á mi presencia para interrogarle y darle mis órdenes.

—¿Pero qué puede hacer ese jóven?

—Mucho, tal vez tanto como nosotros, porque parece muy activo, muy emprendedor y muy valiente.

—Está bien, ¿y despues?

—Despues, nosotros reuniremos primero un número considerable de gente cadaz de resistir á las fuerzas del intendente y obligarlas á seguir nuestra bandera, alarmarémos á todos los indios de la poblacion que se unirán á mí y harán lo que les diga, estoy seguro, porque me aman, y al amanecer nos dirigiremos á Celaya y de allí á Guanajuato.

—Pero don Miguel, ahora que sabe vd. que no lo he de abandonar jamas, me atrevo á preguntarle, ¿está vd. acaso loco? ¿quiere vd. marchar sobre Guanajuato, cuando no contamos ni con un cañon, ni con un arcabuz, ni con una espada siquiera.

—Dios armará nuestro brazo para defender la causa de la justicia, dijo el anciano alzando sus ojos al cielo con espresion de confianza y enternecimiento.

—Está bien, ¿debo despertar á Allende?

—Sí, en esa pieza reposa, adviértale vd. capitan, lo que pasó y lo que hemos pensado últimamente: él me ha hecho hace un momento un juramento igual al que vd.; mi leal amigo, acaba de hacer.

Aldama salió á ejecutar lo que se le mandaba.

—¡Oh! Madre y Señora mia, dijo Hidalgo dejándose caer de rodillas al pié de la imágen de Guadalupe que condecoraba y amparaba aquella pobre estancia, ¿quién sabe lo que va á pasar dentro de poco tiempo? tal vez va á realizarse ese pensamiento que hace tanto tiempo dormita en mi mente. Yo me amparo ¡Madre mia! con vuestra proteccion y os juro no apartarme jamás de los santos preceptos de la justicia y la religion, comprendo que debo á morir antes de ver felices á mis hermanos: pero entonces, aunque la calumnia ultraje mi memoria, vos ¡Madre mia! qué habeis visto mis dudas, mis temores y mis esperanzas, sabreis que mi intencion ha sido pura y me amparareis á la hora de la muerte. Yo os nombro patrona de la santa causa que proclamo.

Y el cura besó humildemente las plantas de la vírgen de Guadalupe.

X.

DE COMO FUE INTERRUMPIDO GIL GOMEZ EN MEDIO DE SU SUEÑO, PARA CONTRIBUIR SIN SABERLO A LA INDEPENDENCIA DE LA NUEVA-ESPAÑA.

Hacia solamente un cuarto de hora que Gil Gomez dormia, aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguia en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño le habia curado y dado hospitalidad, y el bravo y franco capitan que estuvo á pique de impedirle correr mas, cuando fué interrumpido en medio de su sueño, por éste, que le sacudia rudamente diciéndole en alta voz:

—Ea, jóven, fuerza es levantarse.

—¿Qué hay? murmuró Gil Gomez despertando sobresaltado á la voz de Aldama, ¿qué hay, Fernando? si vieras por alcanzarte de lo que he escapado hace poco.

—Que Fernando, ni qué peligro, dijo sonriendo Aldama, vamos, jóven, acabe vd. de despertar.

—¡Ah! ¿es vd., capitan? dijo Gil Gomez reconociendo la voz que le hablaba.

—Sí, yo soy, amigo mio, levántese vd. presto.

—¿Pues qué es lo que pasa? preguntó el jóven sorprendido.